

¿Qué es un discípulo?

«Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él». Romanos 6: 8, RVA15

Si me pidieran una definición rápida del término «discípulo», contestaría que es alguien que está dispuesto a dar la vida por su maestro. No, no es una definición precipitada ni arbitraria. Te invito a que repases conmigo el resultado de horas buceando en la historia y la tradición del cristianismo del primer siglo...

Según cuentan algunos padres de la iglesia, Andrés murió en Grecia clavado en una cruz con forma de equis. Bartolomé fue despellejado en la India mientras cumplía su misión. Santiago, hijo de Alfeo, salvajemente apedreado por escribas y fariseos que incitaron al pueblo contra él. Judas Tadeo encontró en las riberas del Éufrates su campo de acción, hasta que le cortaron la cabeza con un hacha al pie del monte Ararat. Mateo, decapitado con una espada. A Felipe lo apedrearon cuando estaba ya crucificado. Tomás, a quien llamaban Dídimo, fue atravesado con una lanza. A Santiago, hijo de Zebedeo, lo degollaron. Simón el zelote fue cortado por la mitad en Persia. Pedro, crucificado cabeza abajo. Matías, que llegó tarde a este pelotón especial, fue apedreado y luego decapitado. El único que falleció de muerte natural fue Juan, y eso después de sobrevivir milagrosamente a un enorme caldero de aceite

hirviendo y a un atentado donde se empleó un cáliz de veneno.

¿Quiénes eran estos hombres? ¿Por qué tuvieron finales tan dramáticos? Nada más y nada menos que los doce discípulos de Cristo. Te estarás preguntando, «¿no estarás tratando de decir que el evangelio es algo así como una misión suicida?». Bueno, digámoslo de otro modo, si no estás dispuesto a morir es mejor que vayas pensando en dedicar tu vida a otra cosa.

¿No habrá por ahí una versión simplificada del evangelio? Por ejemplo, algo donde no haya que morir. No, tienes que morir. No hay otra opción. Tienes que renunciar a la persona más importante de tu vida: a ti mismo. Tienes que rechazar tu identidad, cancelar tus sueños, negarte... en fin: morir. ¡Menos mal que es una muerte simbólica! Pero ¿y si tuvieras que morir por Cristo? ¿Has pensado en eso?

¿Qué harías si alguien te pusiera un revólver en la cabeza y te susurrara: «Soy un asesino de cristianos, me han dicho que tú eres uno de ellos»? ¿Por qué te has quedado tan pensativo?

Lic. Moisés Mayán Fernández,
evangelista, escritor e historiador,
Asociación del Este, Cuba.